

# El largo siglo XX

## Dinero y poder en los orígenes de nuestra época

<p>Argumento de Giovanni Arrighi A</p>	
Introducción	7
I. Las tres hegemonías del capitalismo histórico	42
<p>Hegemonía, capitalismo y territorialismo, 42. Los orígenes del moderno sistema monetario, 53. La hegemonía británica y el imperialismo de libre comercio, 64. La hegemonía estadounidense y el auge del sistema de libre empresa, 77. Plantea una nueva agenda de investigación, 93.</p>	
II. El surgimiento del capital	107
<p>Los antecedentes de los ciclos sistémicos de acumulación, 107. La génesis de las altas finanzas, 120. El primer ciclo sistémico de acumulación (genovés), 135. El segundo ciclo sistémico de acumulación (holandés), 155. La dialéctica del Estado y el capital, 175.</p>	
III. Industria, imperio y acumulación «interminable» de capital	192
<p>El tercer ciclo sistémico de acumulación (británico), 192. La dialéctica entre capitalismo y territorialismo, 211. La dialéctica entre capitalismo y territorialismo (II), 235. Señales retrospectivas y proyección prospectiva, 256.</p>	
IV. El largo siglo XX	288
<p>La dialéctica del mercado y el plan, 288. El cuarto ciclo sistémico de acumulación (estadounidense), 327. La dinámica de la crisis global, 340.</p>	
Epílogo: ¿Puede el capitalismo sobrevivir con éxito?	391
Bibliografía	430
Índice onomástico	452



Diseño de cubierta  
Sergio Ramírez

Título original  
*The Long Twentieth Century.*  
*Money, Power, and the Origins of Our Times*

Traducción  
Carlos Prieto del Campo

Reservados todos los derechos.  
De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270  
del Código Penal, podrán ser castigados con penas  
de multa y privación de libertad quienes  
reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra  
literaria, artística o científica fijada en cualquier  
tipo de soporte sin la preceptiva autorización.

© Giovanni Arrighi  
© Ediciones Akal, S. A., 1999,  
para todos los países de habla hispana  
Sector Foresta, I  
28760 Tres Cantos  
Madrid - España  
Tel.: 91 806 19 96  
Fax: 91 804 40 28  
ISBN: 84-460-1000-3  
Depp. legal: M. 16.410-1999  
Impreso en MaterPrint, S. L.  
Colmenar Viejo (Madrid)

# Índice general y agradecimientos

Prefacio y agradecimientos . . . . .	7
Introducción . . . . .	13
I . Las tres hegemonías del capitalismo histórico . . . . .	42
Hegemonía, capitalismo y territorialismo, 42. Los orígenes del moderno sistema interestatal, 53. La hegemonía británica y el imperialismo de libre comercio, 64. La hegemonía estadounidense y el auge del sistema de libre empresa, 77. Hacia una nueva agenda de investigación, 95.	
II . El surgimiento del capital . . . . .	107
Los antecedentes de los ciclos sistémicos de acumulación, 107. La génesis de las altas finanzas, 120. El primer ciclo sistémico de acumulación (genovés), 135. El segundo ciclo sistémico de acumulación (holandés), 155. La dialéctica del Estado y el capital, 175.	
III . Industria, imperio y acumulación «interminable» de capital . . . . .	192
El tercer ciclo sistémico de acumulación (británico), 192. La dialéctica entre capitalismo y territorialismo, 211. La dialéctica entre capitalismo y territorialismo (II), 235. Síntesis retrospectiva y proyección prospectiva, 256.	
IV . El largo siglo XX . . . . .	288
La dialéctica del mercado y el plan, 288. El cuarto ciclo sistémico de acumulación (estadounidense), 322. La dinámica de la crisis global, 360.	
Epílogo: ¿Puede el capitalismo sobrevivir con éxito? . . . . .	391
Bibliografía . . . . .	430
Índice onomástico . . . . .	452

# Prefacio y agradecimientos

Este libro se inició hace casi quince años como un estudio de la crisis económica mundial de la década de 1970. La crisis se conceptualizó como el momento final de un único proceso histórico constituido por tres momentos y definido por la conformación, la total expansión y el declive del sistema estadounidense de acumulación de capital a escala mundial. Los otros dos momentos eran la Gran Depresión de 1873-1896 y la crisis de treinta años que se extendió entre 1914-1945. Estos tres momentos tomados en su conjunto definían el largo siglo XX, entendido como época particular o etapa de desarrollo de la economía-mundo capitalista.

Tal y como concebí originalmente este libro, el largo siglo XX constituía su objeto de estudio exclusivo. Obviamente, fui consciente desde un principio de que la conformación del sistema estadounidense únicamente podía comprenderse si se relacionaba con el declive del sistema británico. No sentía, sin embargo, la necesidad o el deseo de remontar mi análisis más allá de la segunda mitad del siglo XIX.

Con el paso de los años, cambié de opinión y el libro se convirtió en un estudio de los que han sido denominados «los dos procesos interdependientes esenciales de la era [moderna]: la creación de un sistema nacional de Estados y la formación de un sistema capitalista de alcance mundial» (Tilly, 1984: 147). Este cambio se produjo por la propia evolución de la crisis económica mundial durante la década de 1980. Con la llegada de la era Reagan, la «financiarización» del capital, que había sido una de las diversas características de la crisis económica mundial de la década de 1970, se convirtió en la característica absolutamente predominante de la crisis. Como había sucedido ochenta años antes a lo largo del declive del sistema británico, los observadores y los expertos

comenzaron a saludar, una vez más, al «capital financiero» como la última y más elevada etapa del capitalismo mundial.

En esta atmósfera intelectual, descubri en el segundo y el tercer volumen de la trilogía de Fernand Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo*, el esquema interpretativo que se convirtió en la base de este libro. En el mismo, el capital financiero no es una etapa particular del capitalismo mundial y, mucho menos, la última y más elevada de estas etapas. Constituye, por el contrario, un fenómeno recurrente que ha marcado la era capitalista desde sus inicios más primigenios en la Baja Edad Media y en los primeros tiempos de la Europa moderna. A lo largo de la era capitalista, las expansiones financieras han señalado la transición de un régimen de acumulación a escala mundial a otro. Constituyen aspectos integrales de la destrucción recurrente de los «viejos» regímenes y la creación simultánea de los «nuevos».

A la luz de este descubrimiento, reconceptualicé el largo siglo XX como una unidad constituida por tres fases: (1) la expansión financiera de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, en cuyo curso las estructuras del «viejo» régimen de acumulación británico fueron destrozadas y se crearon las del «nuevo» régimen estadounidense; (2) la expansión material de las décadas de 1950 y de 1960, durante las que el dominio del «nuevo» régimen de acumulación estadounidense se tradujo en una expansión de alcance mundial del comercio y de la producción, y (3) la actual expansión financiera, en cuyo despliegue están siendo destrozadas las estructuras del «viejo» régimen estadounidense y se están creando presumiblemente las de un «nuevo» régimen. En el esquema interpretativo que extraje de Braudel, y ello encierra la mayor importancia, el largo siglo XX aparecía ahora como el último de cuatro siglos largos estructurados de modo similar; cada uno de éstos constituye una etapa particular del desarrollo del moderno sistema-mundo capitalista. Resultó evidente para mí que un análisis comparativo de estos sucesivos siglos largos podría procurar más información sobre la dinámica y el probable resultado futuro de la crisis actual que un análisis en profundidad del largo siglo XX como tal.

Esta reubicación de la investigación en un marco temporal mucho más dilatado ha provocado una contracción del espacio dedicado a la discusión explícita del largo siglo XX, que ahora ocupa aproximadamente un tercio del libro. He decidido, sin embargo, conservar el título original del mismo para poner de relieve la naturaleza instrumental de mis incursiones en el pasado. Quiero decir que el único propósito de acometer la reconstrucción de las expansiones financieras de los siglos anteriores ha sido profundizar en nuestra comprensión de la actual expansión financiera, entendida como momento final de una etapa particular del desarrollo del sistema-mundo capitalista: la etapa englobada por el largo siglo XX.

Estas incursiones en el pasado me introdujeron en el incierto terreno del análisis histórico mundial. Charles Tilly, comentando la *magnum opus* de Braudel, nos ha advertido sagazmente de los peligros de aventurarnos en este terreno:

Si la consistencia fuera un duende de las inteligencias modestas, Braudel no tendría problemas para escapar del diablo. Cuando Braudel no nos demoniza por nuestras demandas de consistencia, hace alarde de... indecisión. A lo largo del segundo volumen de *Civilisation matérielle*, repetidamente comienza a tratar la relación entre capitalistas y responsables de la construcción del Estado, después abandona el argumento... Precisamente porque la conversación abarca un ámbito temático tan amplio, una mirada retrospectiva sobre el objeto de estudio del tercer volumen resulta sorprendente; los grandes temas del primer volumen: población, alimentación, vestido, tecnología, ¡han desaparecido casi totalmente! ¿Deberíamos haber esperado algo más de un hombre del temperamento de Braudel? Braudel se aproxima al problema enumerando sus elementos; acariciando sus ironías, contradicciones y complejidades; confrontando las diversas teorías que han propuesto los expertos y concediendo a cada una de ellas lo que le corresponde históricamente. La suma de todas las teorías no es, lástima, ninguna teoría... Si Braudel no pudo resistir el golpe, ¿quien podría resistirlo? Quizá alguien tenga éxito al escribir una «historia total» que explique la totalidad del desarrollo del capitalismo y la evolución integral del sistema estatal europeo. Al menos por ahora, haríamos mejor tratando el gigantesco ensayo de Braudel como una fuente de inspiración que como un modelo de análisis. A no ser que un Braudel le preste su descomunal poder, una nave tan enorme y compleja parece destinada a naufragar antes de alcanzar la lejana costa. (Tilly, 1984: 70-71, 73-74)

La recomendación de Tilly es que nos enfrentemos con unidades de análisis más manejables que los sistemas-mundo globales. Las unidades más manejables que él prefiere son los elementos de sistemas-mundo particulares, tales como las redes de coerción que se agrupan en los Estados y las redes de intercambio que se apiñan en los modos de producción regionales. Si comparamos sistemáticamente estos elementos, podemos ser capaces de «hacer cuentas con las estructuras y procesos específicos de los sistemas-mundo particulares y pasar después a efectuar generalizaciones históricamente fundadas sobre esos sistemas-mundo» (Tilly, 1984: 63, 74).

En este libro, he intentado resolver de otro modo las dificultades inherentes al examen del desarrollo integral del capitalismo mundial y del moderno sistema interestatal. En vez de abandonar la nave del análisis histórico mundial pilotada por Braudel, he permanecido en ella para realizar el tipo de cosas que no

encajaban en el temperamento intelectual del capitán, pero que estaban al alcance de mis ojos más débiles y de mis menos sólidas piernas. Dejé que Braudel me arrojara al alta mar del hecho histórico mundial y escogí para mí la más exigua tarea de procesar su hiperabundante oferta de conjeturas e interpretaciones, en una explicación económica coherente y plausible de la conformación y total expansión del sistema-mundo capitalista.

Así, la noción construida por Braudel de las expansiones financieras como fases de conclusión de las etapas fundamentales del desarrollo capitalista me ha permitido desagregar la duración total del sistema-mundo capitalista (la *longue durée* de Braudel) en unidades de análisis más manejables, que he denominado ciclos sistémicos de acumulación. Aunque he denominado estos ciclos según elementos particulares del sistema (Génova, Holanda, Gran Bretaña y los Estados Unidos), los ciclos en sí mismos se refieren al sistema globalmente considerado y no a los elementos que lo integran. El objeto de comparación en este libro se halla constituido por las estructuras y procesos de la globalidad del sistema-mundo capitalista en sus diferentes etapas de desarrollo. La atención que hemos prestado a las estrategias y estructuras de las agencias gubernamentales y empresariales genovesas, holandesas, británicas y estadounidenses se debe exclusivamente a la decisiva importancia que sucesivamente tuvieron en la formación de estas etapas.

Se trata, admitámoslo, de un objeto de estudio muy circunscrito. Como explico en la «Introducción», los ciclos sistémicos de acumulación son procesos de los «puestos de mando» de la economía-mundo capitalista: «el hogar real del capitalismo», en opinión de Braudel. Gracias a este objeto de estudio circunscrito, he podido añadir al examen del capitalismo efectuado por Braudel cierta consistencia lógica y cierto alcance suplementario: los dos siglos que nos separan de 1800, momento en que Braudel finaliza su viaje. Esta delimitación del objeto de estudio tiene, sin embargo, grandes costes. La lucha de clases y la polarización de la economía-mundo en áreas del centro y de la periferia, procesos ambos que han desempeñado una función preeminente en mi concepción original del largo siglo XX, casi han desaparecido del conjunto analizado.

Muchos lectores se asombrarán o incluso se sentirán turbados por estas y otras omisiones. Todo lo que puedo decirles es que la construcción presentada en este libro constituye tan sólo uno de los diversos análisis, igualmente válidos, aunque no necesariamente igual de pertinentes, del largo siglo XX. He presentado en otro trabajo una interpretación del siglo XX cuyo centro gravita alrededor de la lucha de clases y de las relaciones centro-periferia (véase Arrighi, 1990b). Tras completar este libro, me ha surgido una gran cantidad de nuevas reflexiones que me gustaría añadir a esa primera interpretación. Cambiaría, sin embargo, pocas cosas. A mi juicio, tal análisis todavía conserva su perspectiva analítica. El examen presentado en este libro, sin embargo, como se indica en

su subtítulo, es más pertinente para comprender la relación entre el dinero y el poder en la conformación de nuestra época.

Para hacer arribar mi versión más ligera de la nave de Braudel a las lejanas costas de las postrimerías del siglo XX, tuve que hacer votos de prescindir de los debates y de las polémicas que han convulsionado las islas del conocimiento especializado que he visitado y explotado. Como Arno Mayer (1981: X), «admito libremente ser un ardiente “estibador” y maestro de obras y no un ávido “desintegrador” y demolidor». Y como él, todo lo que pido es «un oído paciente” y que el libro “se aborde y juzgue como un *todo*” y no únicamente en sus partes discretas».

La idea de escribir un libro sobre el largo siglo XX no fue mía, sino de Perry Anderson. Tras una caldeada discusión sobre uno de los diversos y largos artículos que había escrito sobre la crisis económica mundial de la década de 1970, Anderson me convenció, allá por 1981, de que únicamente un libro voluminoso constituía el instrumento adecuado para el tipo de construcción que yo tenía en mente. Posteriormente, mantuvo su ojo vigilante sobre mis recorridos por los siglos, dándome siempre consejos certeros sobre qué hacer y qué no hacer.

Si Perry Anderson es el principal culpable de haberme involucrado en este proyecto hiperambicioso, Immanuel Wallerstein es el principal responsable de que el proyecto se hiciera más ambicioso de lo que originalmente ya era. Al ampliar el horizonte temporal de la investigación para abarcar la *longue durée* de Braudel, estaba en realidad siguiendo sus pasos. Su insistencia, en nuestro trabajo diario en el Fernand Braudel Center, en que las tendencias y coyunturas de mi largo siglo XX podían reflejar estructuras y procesos que ya habían desplegado sus dinámicas desde el siglo XVI fue lo suficientemente perturbadora como para hacerme verificar la validez de tal afirmación. Cuando la verifiqué, vi las cosas de modo diferente a como él las veía; e incluso cuando veíamos las mismas cosas, yo les daba un tratamiento y una aplicación que diferían de las que él les había dado en *The Modern World-System*. Wallerstein tenía toda la razón, sin embargo, al insistir en que la *longue durée* del capitalismo histórico constituía el marco pertinente para el tipo de construcción que yo pretendía. Sin su estímulo intelectual y su provocación, no habría ni siquiera pensado en escribir este libro del modo en que lo hice.

Entre concebir un libro como éste y escribirlo realmente media un abismo que nunca hubiera podido salvar, si no hubiera sido por la excepcional comunidad intelectual de estudiantes graduados con quienes tuve la fortuna de trabajar durante mis quince años en SUNY-Binghamton. Los miembros de esta comunidad, sabiéndolo o sin saberlo, me han suscitado la mayoría de las preguntas y muchas de las respuestas que constituyen la substancia de este trabajo. Colectivamente, son el gigante sobre cuyos hombros he viajado. Y a ellos con razón está dedicado este libro.



Como eminencia gris del *Sociology Graduate Program* de SUNY-Binghamton, Terence Hopkins es en gran medida responsable de haber convertido Binghamton en el único lugar en el que podría haber escrito este libro. Es también responsable de todo lo que hay de valioso en la metodología que he utilizado. Beverly Silver, la más despiadada de mis críticos y el más poderoso de mis apoyos, ha desempeñado un papel crucial en la realización de este trabajo. Sin su orientación intelectual, me habría extraviado; sin su apoyo moral, me habría quedado muy lejos de donde finalmente llegué.

Una primera versión del «Capítulo 1» se presentó en la Segunda Conferencia ESRC sobre Cambio Estructural en el Mundo Occidental, celebrada en el Emmanuel College, Cambridge, en septiembre de 1989 y se publicó posteriormente en *Review* (verano de 1990) y se reimprimió en Gill (1993). Diversas partes de los «Capítulos 2 y 3» se presentaron en las Tercera Conferencia ESRC, que versó sobre el mismo tema que la anterior, celebrada también en el Emmanuel College en septiembre de 1990. La participación en estas dos conferencias, así como en la precedente, celebrada en septiembre de 1988, propulsaron adicionalmente mi nave en un momento en que de otro modo podría haber naufragado. Agradezco a Fred Halliday y Michael Mann haberme invitado a la serie completa de las conferencias ESRC; a John Hobson organizarlas de modo tan eficaz y a todos los demás participantes las estimulantes discusiones que allí tuvimos.

Perry Anderson, Gopal Balakrishnan, Robin Blackburn, Terence Hopkins, Resat Kasaba, Ravi Palat, Thomas Reifer, Beverly Silver e Immanuel Wallerstein leyeron y comentaron el manuscrito antes de proceder a su revisión final. Su diversa especialización y sus distintas perspectivas intelectuales fueron para mí de una enorme ayuda a la hora de reparar lo que podía ser reparado del producto de esta arriesgada empresa. Thomas Reifer me prestó su ayuda en la revisión final de las referencias y citas. Con mayor razón que de costumbre, asumo toda la responsabilidad de los errores o incongruencias que todavía puedan subsistir.

Finalmente, quiero dar las gracias especialmente a mi hijo Andrea. Cuando comencé este trabajo, estaba a punto de empezar la enseñanza secundaria. Cuando escribía la última versión del mismo, había concluido su *tesi di laurea* en Filosofía en la Università Statale de Milán. Durante ese período, fue realmente el mejor de los hijos. Cuando este trabajo concluía, sin embargo, se había convertido también en un valiosísimo consejero editorial. Si el libro encuentra lectores al margen de los profesionales de la historia y de las ciencias sociales, se lo debo en gran parte a él.

GIOVANNI ARRIGHI

Marzo, 1994

# Introducción

Algo fundamental parece haber cambiado en el funcionamiento del capitalismo durante el último cuarto de siglo. En la década de 1970, se habló mucho de crisis. En la de 1980, se habló básicamente de reestructuración y reorganización. En la de 1990, ya no estábamos seguros de que la crisis de la década de 1970 se hubiese realmente resuelto y ha comenzado a extenderse la opinión de que la historia del capitalismo pudiera encontrarse en un punto de inflexión decisivo.

Nuestra tesis es que la historia del capitalismo se halla con toda probabilidad experimentando tal punto de inflexión, pero que la situación no es tan inaudita como pudiera parecer a primera vista. A lo largo de la historia del capitalismo, los periodos dilatados de crisis, reestructuración y reorganización, en resumen, de cambio discontinuo, han sido mucho más habituales que los breves lapsos de expansión generalizada de acuerdo con una senda de desarrollo definida, como aconteció durante las décadas de 1950 y 1960. En el pasado, estos largos periodos de cambio discontinuo finalizaron con la reconstitución de la economía-mundo capitalista a partir de nuevos y más ambiciosos fundamentos. Nuestra investigación pretende, en primer lugar, identificar las condiciones sistémicas en las que puede producirse una reconstitución de este tipo y, si realmente se produce, definir cual sería su configuración.

Los cambios que se han producido alrededor de 1970 en el modo de funcionamiento local y global del capitalismo se han examinado prolijamente, aunque todavía sea objeto de debate la naturaleza exacta de tales cambios. El carácter fundamental de los mismos constituye, no obstante, el tema recurrente de una literatura que está creciendo rápidamente.

Se han producido cambios en la configuración espacial de los procesos de acumulación de capital. Durante la década de 1970, la tendencia predominante

te pareció apuntar a la reubicación de estos procesos desde los países de renta elevada a los países y regiones de renta baja (Fröbel, Heinrichs y Kreye, 1980; Bluestone y Harrison, 1982; Massey, 1984; Walton, 1985). Durante la década de 1980, por el contrario, la tendencia predominante pareció apuntar a la re-centralización del capital en los países y regiones de renta elevada (Gordon, 1988). En todo caso, cualquiera que sea la dirección de este movimiento, la tendencia observable desde 1970 indica una mayor movilidad geográfica del capital (Sassen, 1988; Scott, 1988; Storper y Walker, 1989).

Estas tendencias se han hallado estrechamente vinculadas con los cambios producidos en la organización de los procesos de producción e intercambio. Algunos autores han afirmado que la crisis de la producción en masa «fordista», basada en sistemas de máquinas especializadas que operan en entornos organizativos de corporaciones gigantes, integradas verticalmente y administradas burocráticamente, ha creado oportunidades únicas para la revitalización de los denominados sistemas de «especialización flexible», basados en la producción artesanal de pequeñas series, realizadas en unidades empresariales de tamaño pequeño y medio, coordinadas mediante procesos de intercambio definidos por el mercado (Piore y Sable, 1984; Sable y Zeitlin, 1985; Hirst y Zeitlin, 1991). Otros autores han puesto de relieve la regulación legal de las actividades generadoras de renta y han observado como la «formalización» cada vez mayor de la vida económica, es decir, la proliferación de restricciones legales sobre los procesos de producción e intercambio, ha dado lugar a la tendencia opuesta, a la «informalización», esto es, a la proliferación de actividades generadoras de renta que eludan la regulación legal mediante un tipo u otro de modelo empresarial «personal» o «familiar» (Lomnitz, 1988; Portes, Castells y Benton, 1989; Feige, 1990; Portes, 1994).

Coincidiendo parcialmente con esta literatura, numerosos estudios han seguido los pasos de la «escuela de la regulación» francesa y han interpretado los cambios actuales en el modo de funcionamiento del capitalismo como una crisis estructural de lo que ellos denominan «régimen de acumulación» fordista-keynesiano (para un análisis de esta escuela, véase Boyer, 1990; Jessop, 1990; Tickell y Peck, 1992). Este régimen se conceptualiza como una particular fase constitutiva del desarrollo capitalista, caracterizada por inversiones en capital fijo que crean el potencial para obtener incrementos regulares de productividad y generar el consumo de masas correspondiente. Para que este potencial se materialice, se requieren políticas e intervenciones públicas adecuadas, instituciones sociales, normas y hábitos de comportamiento (el «modo de regulación»). El «keynesianismo» se describe como el modo de regulación que posibilitó al emergente régimen fordista la completa realización de su potencial. A su vez, este modo de regulación se concibe como la causa subyacente de la crisis de la década de 1970 (Aglietta, 1979b; De Vroey, 1984; Lipietz, 1987, 1988).

En general, los «regulacionistas» se muestran agnósticos en cuanto al régimen de acumulación/modo de regulación que podría suceder al fordismo-keynesianismo o, más exactamente, dudan de si en algún momento podrá conformarse tal régimen de acumulación con su correspondiente modo de regulación. En una línea similar, pero utilizando un aparato conceptual diferente, Claus Offe (1985) y, más explícitamente, Scott Lash y John Urry (1987) han hablado del fin del «capitalismo organizado» y de la emergencia de un «capitalismo desorganizado». Estos autores constatan que la característica esencial de aquél, la administración y la regulación consciente de las economías nacionales por medio de jerarquías empresariales y funcionarios públicos, está siendo puesta en peligro por la creciente desconcentración y descentralización espacial y funcional de los poderes empresariales, lo cual deja a los procesos de acumulación de capital en un estado de «desorganización» aparentemente irremediable.

Analizando esta insistencia en la desintegración más que en la coherencia del capitalismo contemporáneo, David Harvey (1989) sugiere que, en realidad, el capitalismo puede hallarse en el centro de una «transición histórica» del fordismo-keynesianismo a un nuevo régimen de acumulación que él denomina provisoriamente «régimen de acumulación flexible». Entre 1965 y 1973, prosigue este autor, las dificultades encontradas por el fordismo y el keynesianismo para contener las contradicciones inherentes del capitalismo se hicieron cada vez más evidentes: «Superficialmente, estas dificultades podrían conceptualizarse mejor con una sola palabra: rigidez». Surgieron problemas con la rigidez de las inversiones a largo plazo y a gran escala en los sistemas de producción en masa; con la rigidez de los mercados de trabajo y de los contratos laborales regulados, y con la rigidez de los compromisos del Estado frente a los programas de bienestar y los gastos de defensa.

Tras estas rigideces específicas se hallaba una configuración del poder político y de las relaciones que vinculaban a las grandes organizaciones sindicales, al gran capital y al Estado tremendamente difícil de manejar y ostensiblemente solidificada, la cual se mostraba cada vez más como un conglomerado disfuncional de intereses adquiridos, que se hallaban definidos de un modo tan estrecho que erosionaban, en vez de asegurar, la acumulación de capital. (Harvey, 1989: 142.)

Los intentos efectuados por los gobiernos estadounidense y británico para conservar el ímpetu de la expansión económica de postguerra mediante una política monetaria extraordinariamente laxa tuvieron cierto éxito a finales de la década de 1960, pero desplegaron sus efectos perversos a principios de la década de 1970. Las rigideces se incrementaron todavía más, cesó el crecimiento real, las

tendencias inflacionistas se hicieron incontrolables y colapsó el sistema de tipos fijos de cambio, que había sostenido y regulado la expansión económica de posguerra. Desde entonces, todos los Estados han quedado a merced de la disciplina financiera, bien mediante los efectos de la huida de capitales o en virtud de presiones institucionales directas. «Siempre ha existido en el capitalismo, por supuesto, un delicado equilibrio entre el poder estatal y el poder financiero, pero la ruptura del fordismo-keynesianismo indica evidentemente un aumento del poder del capital financiero frente al Estado-nación» (Harvey, 1989: 145, 168).

Este cambio, a su vez, ha generado una «explosión de nuevos instrumentos y mercados financieros y el surgimiento de sistemas de coordinación financiera a escala global altamente sofisticados». Harvey considera, no sin vacilación, este «extraordinario florecimiento y transformación de los mercados financieros» como la novedad radical del capitalismo de las décadas de 1970 y 1980 y la característica esencial del régimen emergente de «acumulación flexible». La remodelación espacial de los procesos de producción y acumulación, la reaparición de la producción artesanal y de las redes empresariales personales/familiares, la difusión de las coordinaciones a través del mercado a expensas de la planificación realizada por los poderes públicos y por las grandes empresas: todos estos procesos, en opinión de Harvey, constituyen diferentes aspectos de la transición al nuevo régimen de acumulación flexible. No obstante, Harvey se inclina a considerarlos como expresiones de la búsqueda de soluciones financieras a las tendencias a la crisis del capitalismo (Harvey 1989: 191-194).

Harvey es totalmente consciente de las dificultades que encierra la teorización de la transición a la acumulación flexible, aceptando que ello sea lo que le esté sucediendo realmente al capitalismo, y señala diversos «dilemas teóricos».

¿Podemos captar la lógica, si no la necesidad, de la transición? ¿En qué grado tienen que modificarse las formulaciones teóricas, pasadas y presentes, de la dinámica del capitalismo, dadas las reorganizaciones y reestructuraciones radicales que están teniendo lugar tanto en el ámbito de las fuerzas productivas como en el de las relaciones de producción? ¿Y disponemos de una conceptualización del actual régimen suficientemente correcta que nos permita predecir de algún modo el curso y las implicaciones de lo que parece ser una revolución en marcha? La transición del fordismo al régimen de acumulación flexible ha planteado serias dificultades para todo tipo de teorías... El único punto de acuerdo general es que algo significativo ha cambiado en el modo de funcionamiento del capitalismo desde 1970. (Harvey, 1989: 1973.)

Las cuestiones que han inspirado este libro son similares a las de Harvey. Pero las respuestas se construyen mediante la investigación de las tendencias

actuales a partir de las pautas de recurrencia y evolución que han acompañado al capitalismo histórico como sistema-mundo durante toda su existencia. Una vez ampliado el horizonte espacio-temporal de nuestras observaciones e hipótesis teóricas, tendencias que parecían novedosas e impredecibles comienzan a adquirir un mayor grado de familiaridad.

De modo más específico, el punto de partida de nuestra investigación ha sido la afirmación efectuada por Fernand Braudel de que la característica esencial del capitalismo histórico en su *longue durée*, es decir, a lo largo de toda su existencia, ha sido la «flexibilidad» y el «eclecticismo» del capital y no las formas concretas asumidas por este último en diferentes lugares y momentos:

Permitaseme subrayar la cualidad que me parece ser un rasgo esencial de la historia general del capitalismo: su flexibilidad ilimitada, su capacidad de cambio y de adaptación. Si existe, como yo creo, una cierta unidad en el capitalismo, desde la Italia del siglo XIII al mundo occidental actual, ésta debe localizarse y observarse sobre todo en tal capacidad. (Braudel, 1982: 433; cursivas en el original)

En ciertos periodos, incluso dilatados, el capitalismo pareció «especializarse», como en el siglo XIX, cuando «se desplazó de modo tan espectacular hacia el nuevo mundo de la industria». Esta especialización ha inducido a los «historiadores en general a contemplar la industria como la floración final que dio al capitalismo su “verdadera” identidad». Pero se trata de una opinión limitada temporalmente:

[Después de la] expansión inicial de la mecanización, el tipo más avanzado de capitalismo volvió al eclecticismo, a la indivisibilidad de intereses por decirlo así, como si la ventaja característica de estar en los puestos de mando de la economía, hoy al igual que en los días de Jacques Coeur (el millonario del siglo XIV), consistiese precisamente en no tener que confinarse en una única opción, en ser eminentemente adaptable y, por lo tanto, no especializado. (Braudel, 1982: 381; cursivas en el original)

Creo que estos fragmentos pueden leerse como una reafirmación de la fórmula general del capital pergeñada por Karl Marx: DMD'. Capital-dinero (D) significa liquidez, flexibilidad, libertad de elección. Capital-mercancía (M) significa capital invertido en una combinación particular *input-output* en función de un beneficio. Por consiguiente, significa concretización, rigidez y reducción o cierre de las opciones. M' significa liquidez, flexibilidad y libertad de elección *expandidas*.

Así comprendida, la fórmula de Marx nos dice que las agencias capitalistas no invierten dinero en combinaciones *input-output* particulares, con toda la correspondiente pérdida de flexibilidad y libertad de elección, como un fin en sí mismo. Por el contrario, lo hacen como un *medio* para obtener el fin de asegurarse una flexibilidad y una libertad de elección en el futuro siempre mayores. La fórmula de Marx nos dice también que, si no existe expectativa alguna por parte de las agencias capitalistas sobre este incremento futuro de su libertad de elección o si esta expectativa se incumple de modo sistemático, el capital *tiende a reorientarse hacia formas más flexibles de inversión, sobre todo, a su forma-dinero*. En otras palabras, las agencias capitalistas «prefieren» la liquidez y una parte considerablemente alta de su flujo de tesorería tiende a permanecer en forma líquida.

Esta segunda lectura se halla implícita en la caracterización efectuada por Braudel de la «expansión financiera» como síntoma de madurez de un modelo particular de desarrollo capitalista. Al discutir el abandono del comercio efectuado por los holandeses a mediados del siglo XVIII para convertirse en «los banqueros de Europa», Braudel sugiere que tal abandono constituye una tendencia sistémica recurrente en el sistema-mundo. Esta misma tendencia se había manifestado anteriormente en la Italia del siglo XV, cuando la oligarquía capitalista genovesa se desplazó del tráfico de mercancías al negocio bancario, y en la segunda mitad del siglo XVI, cuando los *nobili vecchi* genoveses, los prestamistas oficiales del rey de España, se retiraron gradualmente del comercio. Siguiendo a los holandeses, la tendencia fue repetida por los ingleses a finales del siglo XIX y principios del XX, cuando el fin de «la fantástica aventura de la Revolución Industrial» creó una hiperoferta de capital-dinero (Braudel, 1984: 242-243, 246).

Tras la igualmente fantástica aventura del denominado fordismo-keynesianismo, el capital estadounidense siguió una pauta similar durante las décadas de 1970 y 1980. Braudel no discute la expansión financiera de nuestros días, que adquirió su ímpetu después de que él concluyera su trilogía *Civilización material, economía y capitalismo*. No obstante, podemos reconocer fácilmente en este último «renacimiento» del capital financiero otro ejemplo de esa vuelta al «eclecticismo» que ha estado asociada en el pasado con la madurez de los modelos fundamentales del desarrollo capitalista: «[Cada] modelo de desarrollo capitalista de este orden, al alcanzar la etapa de expansión financiera, está anunciando de algún modo su madurez; [constituye] *un signo otoñal*» (Braudel, 1984: 246; cursivas añadidas).

La fórmula general del capital acuñada por Marx (DMD') puede interpretarse, por consiguiente, como la descripción no únicamente de la lógica de las inversiones de los capitalistas individuales, sino también como la pauta de comportamiento recurrente de capitalismo histórico como sistema-mundo. El

aspecto central de la mencionada pauta radica en la alternancia de épocas de expansión material (fases DM de acumulación de capital) con fases de renacimiento y expansión financieros (fases MD'). En las fases de expansión material, el capital-dinero «pone en movimiento» una creciente masa de mercancías (incluidas la fuerza de trabajo mercantilizada y los recursos naturales), y en las fases de expansión financiera, una creciente masa de capital-dinero «se libera» de su forma de mercancía, y la acumulación se realiza mediante procedimientos financieros. En su conjunto, las dos épocas o fases constituyen un ciclo sistémico de acumulación completo (DMD').

Nuestra investigación consiste esencialmente en un análisis comparativo de los sucesivos ciclos sistémicos de acumulación para intentar identificar (1) las pautas de recurrencia y evolución que se están reproduciendo en la actual fase de expansión financiera y reestructuración sistémica, y (2) las anomalías de esta actual fase de expansión financiera que pueden conducir a una ruptura con las pautas anteriores de recurrencia y evolución. Pueden identificarse cuatro ciclos sistémicos de acumulación, cada uno de ellos definido por una unidad fundamental de la agencia primaria y de la estructura de los procesos de acumulación de capital a escala mundial: un ciclo genovés, que se extendió desde el siglo XV hasta principios del siglo XVII; un ciclo holandés, que duró desde finales del siglo XVI hasta finales del siglo XVIII; un ciclo británico, que abarcó la segunda mitad del siglo XVIII, todo el siglo XIX y los primeros años del siglo XX, y un ciclo americano, que comenzó a finales del siglo XIX y que ha continuado hasta la fase actual de expansión financiera. Como se desprende de esta aproximada periodización preliminar, los ciclos sistémicos de acumulación consecutivos se solapan y, aunque su duración se reduce progresivamente, todos ellos duran más de un siglo: por tanto, la noción de «siglo largo» se tomará como unidad temporal básica en el análisis de los procesos de acumulación capital a escala mundial.

Estos ciclos son totalmente diferentes de los «ciclos seculares» (o ciclos logísticos de precios) y de los más reducidos ciclos de Kondratieff, a los cuales Braudel ha concedido tanta importancia. Estos dos tipos de ciclos son constructos empíricos de incierto *status* teórico, derivados de las fluctuaciones a largo plazo observadas en los precios de las mercancías (para un análisis de la literatura pertinente, véase Barr, 1979; Goldstein, 1988). Los ciclos seculares presentan ciertas notables similitudes con nuestros ciclos sistémicos. Son cuatro, duran más de un siglo y paulatinamente han reducido su duración (Braudel, 1984: 78). Los ciclos de precios seculares y los ciclos sistémicos de acumulación se hallan, sin embargo, absolutamente desincronizados entre sí. Una expansión financiera es igualmente posible que se produzca al principio, en un momento intermedio o al final de un ciclo (de precios) secular (véase la Figura 10 en este volumen).



Braudel no intenta reconciliar esta discrepancia entre su datación de las expansiones financieras, sobre la cual se basa nuestra periodización de los ciclos sistémicos de acumulación, y su datación de los ciclos (de precios) seculares. Y tampoco lo haremos nosotros. Teniendo que elegir entre estos dos tipos de ciclos, hemos optado por los ciclos sistémicos porque constituyen indicadores mucho más válidos y fiables del núcleo específicamente capitalista del moderno sistema-mundo que los ciclos seculares o los ciclos de Kondratieff.

En realidad, no existe acuerdo en la literatura que aborda las fluctuaciones a largo plazo de los precios, sean de tipo logístico o de Kondratieff, sobre lo que éstas indican. Ciertamente, no son indicadores fiables de las contracciones y expansiones del núcleo específicamente capitalista del moderno sistema-mundo. La rentabilidad y el dominio del capital sobre los recursos humanos y naturales puede decrecer o incrementarse tanto en una recesión como en un momento de auge. Todo depende de quienes sean los sujetos cuya competencia está provocando la subida o la reducción de precios. Si se trata de «capitalistas», como quiera que éstos se definan, que están compitiendo más (menos) intensamente que sus proveedores y clientes «no-capitalistas», la rentabilidad caerá (aumentará) y el dominio del capital sobre los recursos disminuirá (se incrementará), con independencia de si la tendencia global de los precios es al alza o a la baja.

La logística de precios y los ciclos de Kondratieff tampoco parecen ser un fenómeno específicamente capitalista. Es interesante observar que en un resumen elaborado por Joshua Goldstein sobre los hallazgos empíricos y las premisas subyacentes de los estudios sobre las ondas largas, la noción de «capitalismo» no juega en absoluto ningún papel. Goldstein, tras el análisis de series estadísticas, concluye que las ondas largas en los precios y la producción se «explican», en primer término, por la severidad de las que él denomina «guerras de las grandes potencias». El problema de la emergencia y expansión del capitalismo se excluye totalmente del objeto de su investigación (Goldstein, 1988: 258-274, 286).

El problema de la relación existente entre el surgimiento del capitalismo y las fluctuaciones de los precios a largo plazo ha preocupado a los estudiosos del sistema-mundo realmente desde sus inicios. Nicole Bouquet (1979: 503) consideró «embarazoso» que la logística de precios fuera muy anterior a 1500. Por la misma razón, Albert Bergesen (1983: 78) se preguntaba si la logística de precios «representaba la dinámica del feudalismo, la del capitalismo o la de ambos». Incluso la China imperial parece haber conocido fenómenos similares a las ondas experimentadas en Europa (Hartwell, 1982; Skinner, 1985). Y todavía más perturbadora resulta la afirmación de Barry Gills y André Gunder Frank (1992: 621-622) de que «los ritmos cíclicos y las tendencias seculares del sistema-mundo deben reconocerse desde hace aproximadamente 5.000 años y no en los últimos 500 años, como ha sido habitual en los análisis del sistema-mundo y de las ondas largas».

En resumen, la conexión existente entre los ciclos seculares de Braudel y la acumulación *capitalista* de capital no tiene una clara fundamentación lógica o histórica. La noción de ciclos sistémicos de acumulación, por el contrario, deriva directamente de la noción de capitalismo elaborada por Braudel como el estrato superior «no especializado» en la jerarquía del mundo del comercio. Es en este estrato superior en donde se obtienen los «beneficios a gran escala». Aquí los beneficios son enormes, no únicamente porque el estrato capitalista «monopolice» las actividades comerciales más rentables; lo realmente importante es que el estrato capitalista goza de la flexibilidad necesaria para desplazar continuamente sus inversiones desde las actividades comerciales que se enfrentan a rendimientos decrecientes hacia aquellas que no los tienen (Braudel, 1982: 22, 231, 428-430).

Al igual que en la fórmula *general* del capital acuñada por Marx (DMD'), también en la definición de capitalismo de Braudel lo que define como capitalista a una agencia o un estrato social no es su predisposición a invertir en una mercancía particular (por ejemplo, fuerza de trabajo) o en una esfera de actividad específica (por ejemplo, la industria). Una agencia es capitalista siempre que su dinero este dotado del «poder de reproducirse» (la expresión es de Marx) de modo sistemático y persistente, con independencia de la naturaleza de las mercancías y actividades particulares que sean, incidentalmente, el medio para ello en un momento dado. La noción de ciclos sistémicos de acumulación que nosotros hemos extraído de las observaciones históricas de Braudel sobre las expansiones financieras recurrentes, subraya y se deriva lógicamente de esta estricta relación instrumental del capitalismo con el mundo del comercio y de la producción. Esto significa que las expansiones financieras se consideran como sintomáticas de una situación en la que la inversión de dinero en la expansión del comercio y la producción no cumple ya el objetivo de incrementar el flujo de tesorería del estrato capitalista de modo tan efectivo como pueden hacerlo las operaciones puramente financieras. En tal situación, el capital invertido en el comercio y la producción tiende a revertir a su forma-dinero y a acumularse más directamente, como sucede en la fórmula abreviada de Marx DD'.

Los ciclos sistémicos de acumulación, a diferencia de la logística de precios y de los ciclos de Kondratieff, constituyen por lo tanto un fenómeno inherentemente capitalista. Apuntan a la continuidad fundamental de los procesos de acumulación de capital a escala mundial en los tiempos modernos. Pero constituyen también rupturas fundamentales en las estrategias y estructuras que han conformado estos procesos a lo largo de los siglos. Al igual que en algunas de las conceptualizaciones de los ciclos de Kondratieff, como las de Gerhard Mensch (1979), David Gordon (1980) y Carlota Pérez (1983), nuestros ciclos destacan la alternancia de fases de cambio continuo con fases de cambio discontinuo.

Así pues, nuestra secuencia de ciclos sistémicos, que se solapan parcialmente, presenta un estrecha semejanza formal con el «modelo de metamorfosis» del desarrollo socioeconómico elaborado por Mensch. Este autor (1979: 73) abandona «la noción de que la economía se ha desarrollado en ondas, optando por la teoría de que ha evolucionado a través de series de impulsos innovadores intermitentes que asumen la forma de ciclos sucesivos en forma de S» (véase la Figura 1). Su modelo describe fases de crecimiento estable en virtud de sendas bien definidas, que se alternan con fases de crisis, reestructuración y turbulencia, las cuales finalmente recrean de nuevo condiciones de crecimiento estable.

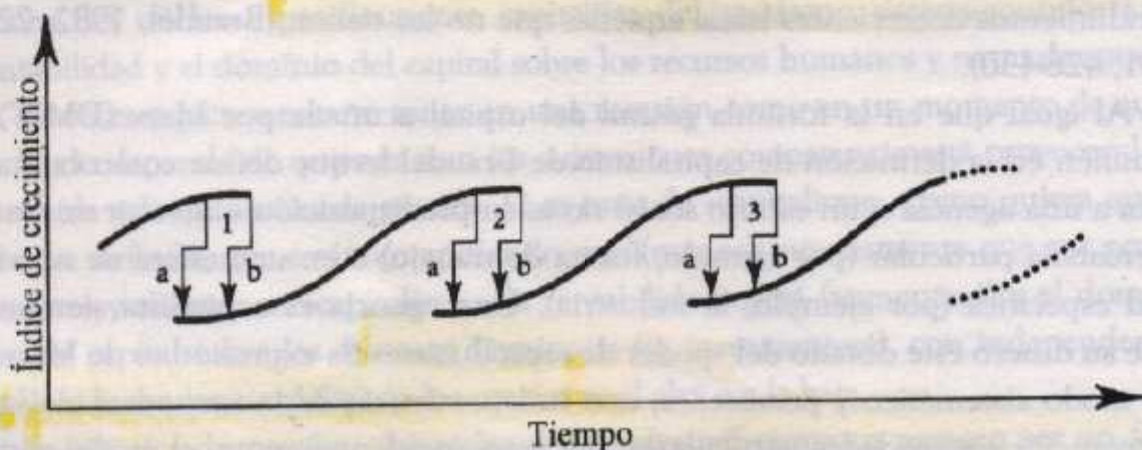


Figura 1. Modelo de metamorfosis de Mensch. (Fuente: Mensch, 1979: 73.)

El modelo de Mensch se refiere principalmente al crecimiento y a las innovaciones en industrias particulares o en economías nacionales específicas y, como tal, no presenta un interés inmediato para nuestra investigación. Sin embargo, la idea de ciclos consistentes en fases de cambio continuo en virtud de una senda única que se alternan con fases de cambio discontinuo que explican el desplazamiento de una senda a otra apoya nuestra secuencia de ciclos sistémicos de acumulación. La diferencia radica en que lo que se «desarrolla» en nuestro modelo no es una industria o una economía nacional particulares, sino la economía-mundo capitalista en su conjunto a lo largo de toda su existencia. Así, las fases de expansión material (DM) se caracterizarán por ser fases de cambio continuo durante las cuales la economía-mundo capitalista crece en virtud de una senda única de desarrollo. Y las fases de expansión financiera (MD') se caracterizarán por ser fases de cambio discontinuo durante las cuales el crecimiento en virtud de la senda establecida ha alcanzado o está alcanzando sus límites, y la economía-mundo capitalista «se desplaza» a otra senda mediante reestructuraciones y reorganizaciones radicales.

Históricamente, el crecimiento en virtud de una única senda de desarrollo y los desplazamientos de una senda a otra no han sido simplemente el resultado inesperado de las innumerables acciones realizadas autónomamente en un momento

dado por los individuos y las múltiples comunidades en las que se divide la economía-mundo capitalista. Por el contrario, las expansiones y reestructuraciones recurrentes de ésta última se han producido bajo el liderazgo de comunidades y bloques de agencias gubernamentales y empresariales particulares que se hallaban en una posición única para sacar provecho de las inesperadas consecuencias de las acciones de otras agencias. Las estrategias y las estructuras mediante las que estas agencias líderes han promovido, organizado y regulado la expansión o la reestructuración de la economía-mundo capitalista es lo que conceptualizaremos como régimen de acumulación a escala mundial. El objetivo principal del concepto «ciclos sistémicos» es describir y elucidar la formación, consolidación y desintegración de los sucesivos regímenes mediante los que la economía-mundo capitalista se ha expandido desde su embrión medieval subsistémico a su actual dimensión global.

Toda la construcción reposa sobre la opinión poco convencional de Braudel sobre la relación que vincula la formación y la reproducción ampliada del capitalismo histórico como sistema-mundo a los procesos de formación de Estados, por un lado, y a la formación de mercados, por otro. La opinión convencional en las ciencias sociales, en el discurso político y en los medios de comunicación de masas es que capitalismo y economía de mercado son más o menos idénticos, y que el poder estatal es antitético a ambos. Braudel, por el contrario, contempla el capitalismo como absolutamente dependiente del poder del Estado en su emergencia y en su expansión y como antitético a la economía de mercado (cfr. Wallerstein, 1991: caps. 14-15).

De modo más específico, Braudel concibe el capitalismo como el estrato superior de una estructura de tres niveles; una estructura en la que, «como en todas las jerarquías, los [estratos] superiores no podrían existir sin los inferiores de los cuales dependen». El estrato inferior y hasta muy recientemente el más amplio es el de la más extremadamente elemental y en gran medida autosuficiente economía de subsistencia. Buscando una expresión más adecuada, Braudel denominó este estrato «el de la *vida material*, el estrato de la no-economía, el suelo en el que el capitalismo hunde sus raíces, pero en el que nunca puede realmente penetrar» (Braudel, 1982: 21-22, 229):

Sobre [este estrato inferior], se halla el terreno propicio de la *economía de mercado* con sus múltiples comunicaciones horizontales entre los diferentes mercados: aquí un grado de coordinación automática vincula habitualmente oferta, demanda y precios. A su lado, o mejor, sobre este estrato se halla la zona del *antimercado*, donde merodean los grandes depredadores y rige la ley de la selva. Éste, hoy como en el pasado, antes y después de la Revolución Industrial, constituye el hogar real del *capitalismo*. (Braudel, 1982: 229-230; cursivas añadidas.)

Una economía de mercado a *escala mundial*, en el sentido de comunicaciones horizontales múltiples entre diferentes mercados, emergió de las profundidades del estrato de la vida material mucho antes de que surgiera el capitalismo como sistema-mundo sobre el estrato de la economía de mercado. Como ha mostrado Janet Abu-Lughod (1989), ya en el siglo XIII se hallaba en funcionamiento un sistema distendido, pero no por ello menos reconocible, de comunicaciones horizontales entre los principales mercados de Eurasia y África. Y dados nuestros conocimientos actuales, Gills y Frank pueden hallarse en lo cierto cuando afirman que este sistema de combinaciones horizontales emergió realmente varios milenios antes.

Sea como fuere, la cuestión que afecta directamente a nuestra investigación no es cuándo y cómo surgió una economía de mercado a escala mundial a partir de las estructuras primordiales de la vida cotidiana; en nuestro caso, se trata de analizar cuándo y cómo surgió el capitalismo a partir de las estructuras de la economía de mercado a escala mundial preexistente y cómo, con el paso del tiempo, se dotó del poder para reconfigurar los mercados y las vidas de todo el mundo. Como señala Braudel (1984: 92), la metamorfosis de Europa en el «monstruoso configurador de la historia mundial» que llegó a ser después de 1500 no consistió en una simple transición. Por el contrario, se trató de «una serie de etapas y transiciones, remontándose la primera de ellas mucho más atrás de lo que se conoce habitualmente como “el” Renacimiento de finales del siglo XV».

El factor más decisivo de esta serie de transiciones no fue la proliferación de unidades de empresa capitalista a través de Europa. Unidades de este tipo habían existido a lo largo del sistema comercial eurasiático y no eran en modo alguno peculiares del mundo occidental:

En todas partes, desde Egipto hasta Japón, encontraremos capitalistas genuinos, vendedores al por mayor, comerciantes rentistas con sus miles de auxiliares: comisionistas, intermediarios, cambistas y banqueros. En lo que a las técnicas, las posibilidades o las garantías de cambio se refiere, cualquiera de tales grupos de mercaderes resistiría la comparación con sus homólogos occidentales. Tanto dentro como fuera de la India, mercaderes tamiles, bengalíes y guajeratis mantuvieron estrechas relaciones mediante empresas y contratos que se transmitían de un grupo a otro, al igual que sucedía en Europa entre los florentinos, los luqueses, los genoveses, los sudalemanes o los ingleses. Hubo, incluso, en la época medieval, reyes mercaderes en los puertos de El Cairo, Adén y el Golfo Pérsico. (Braudel, 1984: 486.)

En ninguna otra parte, excepto en Europa, estos elementos constitutivos del capitalismo se fusionaron en la poderosa amalgama que impulsó a los Estados europeos hacia la conquista territorial del mundo y la formación de una poderosa economía-mundo capitalista verdaderamente global. Desde esta perspectiva, la transición realmente importante que debe dilucidarse no es la del feudalismo al capitalismo, sino la que se produjo desde un poder capitalista disperso a un poder capitalista concentrado. El aspecto esencial de esta transición, habitualmente no tenida en cuenta, es la fusión única del Estado y el capital, que en ningún otro lugar se realizó de modo más favorable para el capitalismo que en Europa:

El capitalismo tan sólo triunfa cuando llega a identificarse con el Estado, cuando es el Estado. En su primera gran fase, la de las ciudades-Estado de Venecia, Génova y Florencia, el poder se halla en manos de la elite adinerada. En la Holanda del siglo XVII, la aristocracia de los regentes gobernaba en beneficio de empresarios, comerciantes y prestamistas e incluso de acuerdo con sus directivas. De modo similar, en Inglaterra, al igual que en Holanda, la Revolución Gloriosa de 1688 marcó el acceso del mundo de los negocios al poder. (Braudel, 1977: 64-65; cursivas añadidas.)

El anverso de este proceso ha sido la competencia interestatal por el capital en busca de inversión. Como señaló Max Weber en su *Historia económica general*, en la Antigüedad, como en la Baja Edad Media, las ciudades europeas habían sido semilleros de un «capitalismo político». En ambos periodos, la autonomía de estas ciudades fue progresivamente erosionada por estructuras políticas de mayor envergadura. No obstante, mientras que en la Antigüedad esta pérdida de autonomía significó el fin del capitalismo político, en el inicio de los tiempos modernos significó la expansión del capitalismo como un nuevo tipo de sistema-mundo:

En la Antigüedad, la libertad de las ciudades fue eliminada por un imperio mundial burocráticamente organizado, en el interior del cual ya no había espacio para el capitalismo político...[En] contraste con la Antigüedad, [en la era moderna las ciudades] se hallaron bajo el poder de Estados nacionales que competían, en una situación de lucha constante, por el poder mediante medios pacíficos o mediante la guerra. Esta lucha competitiva creó las mayores oportunidades para el moderno capitalismo occidental. Estos Estados independientes tenían que competir por un capital en busca de inversión que les dictaba las condiciones a tenor de las cuales les prestaría su apoyo en su lucha por el poder... El Estado nacional autosuficiente es, por lo tanto, el que brindó al

capitalismo su oportunidad de desarrollo y, en tanto que el Estado-nacional no generó un capitalismo imperial de alcance mundial, de persistencia. (Weber, 1961: 247-249; cursivas añadidas.)

Al abordar la misma cuestión en *Economía y sociedad*, Weber (1978: 353-354) sugiere además que esta competencia por el capital en busca de inversión entre «grandes estructuras puramente políticas y aproximadamente iguales» desembocó

en esa memorable alianza entre los Estados emergentes y los codiciados poderes capitalistas privilegiados, que constituyó un factor esencial en la creación del capitalismo moderno. Ni el comercio, ni las políticas monetarias de los Estados modernos... pueden comprenderse sin esta peculiar competencia política y sin la situación de «equilibrio» que perduró entre los Estados europeos durante los últimos quinientos años.

Nuestro análisis dotará de contenido a estas observaciones, mostrando que la competencia interestatal ha sido un elemento clave de todas y cada una de las expansiones financieras y un factor esencial en la formación de esos bloques de organizaciones gubernamentales y económicas que han dirigido la economía-mundo capitalista a lo largo de sus sucesivas fases de expansión material. Nuestro análisis también mostrará, matizando parcialmente la tesis de Weber, que la concentración del poder en manos de bloques particulares de agencias gubernamentales y económicas ha sido tan esencial para las expansiones materiales recurrentes de la economía-mundo capitalista como la competencia que ha tenido lugar entre estructuras políticas «aproximadamente iguales». Como regla, las expansiones materiales más importantes se han producido tan sólo cuando un nuevo bloque dominante ha conseguido suficiente poder mundial como para hallarse en condiciones no sólo de eludir o de elevarse por encima de la competencia interestatal, sino de lograr controlar y asegurar una cooperación interestatal mínima. Lo que ha impulsado la prodigiosa expansión de la economía-mundo capitalista durante los últimos quinientos años, no ha sido la competencia interestatal como tal, sino esta última en combinación con el continuo crecimiento de la concentración del poder capitalista en el sistema-mundo globalmente considerado.

La idea de un continuo crecimiento de la concentración del poder capitalista en el moderno sistema-mundo se halla implícita en una observación efectuada por Karl Marx en *El capital*. Como Weber, Marx concedía gran importancia al papel desempeñado por el sistema de deudas nacionales, inaugurado en la Baja Edad Media por Génova y Venecia, en el impulso de la expansión inicial del moderno capitalismo:

Las deudas nacionales, es decir, la enajenación del Estado, sea despótico, constitucional o republicano, marcaron con su impronta la era capitalista... Como por un golpe de varita mágica, [la deuda pública] dotó al mero dinero del poder de crecer y convertirse así en capital, sin necesidad de exponerse a las desventuras y riesgos inherentes a su empleo en la industria e, incluso, en la usura. Los acreedores de los Estados realmente no entregaban nada, ya que la suma prestada se transforma en títulos públicos, fácilmente negociables, que pueden continuar funcionando en sus manos del mismo modo que lo haría el dinero en efectivo. (Marx, 1959: 754-745.)

La atención concedida por Marx a los aspectos domésticos de la acumulación de capital le impidió apreciar el persistente significado de las deudas nacionales en un sistema de Estados que competían constantemente entre sí por obtener la asistencia de los capitalistas, para la prosecución de sus objetivos de poder. Para Marx, la enajenación de los activos y de los ingresos futuros de los Estados constituía simplemente un aspecto de la «acumulación primitiva»; la «acumulación previa» de Adam Smith, «una acumulación que no es resultado del modo de producción capitalista, sino su punto de partida» (Marx, 1959: 713). Marx reconocía, sin embargo, el prolongado significado de las deudas nacionales, no como expresión de la competencia interestatal, sino como medio de una cooperación intercapitalista «invisible», que «inició» la acumulación una y otra vez en distintos momentos y en diversos puntos de la economía-mundo capitalista, desde sus inicios hasta el momento en que él escribía:

Con la deuda nacional surgió un sistema de crédito internacional, lo cual oculta con frecuencia una de las fuentes de la acumulación primitiva en este o aquel otro país. Así, las villanías del sistema de expolio veneciano constituyeron una de las bases secretas del capital de Holanda, a quien Venecia en su decadencia prestó grandes sumas de dinero. Algo similar ocurrió entre Holanda e Inglaterra. A comienzos del siglo XVIII... Holanda había cesado de ser la nación que dominaba el comercio y la industria. Una de sus principales actividades comerciales, por consiguiente, [llegó a ser] el préstamo de enormes sumas de capital, especialmente a su gran rival, Inglaterra. [Y lo] mismo está ocurriendo hoy entre Inglaterra y los Estados Unidos. (Marx, 1959: 755-756.)

Marx, sin embargo, no logró percibir que la secuencia de Estados capitalistas prestamistas mencionada en este texto se halla formada por unidades de creciente tamaño, recursos y poder mundial. Cuatro Estados -Venecia, las Provincias Unidas, el Reino Unido y los Estados Unidos- han sido las grandes potencias de épocas sucesivas durante las cuales sus grupos dominantes desem-



peñaron simultáneamente el papel de líder en los procesos de construcción del aparato estatal y de acumulación de capital. Desde un punto de vista secuencial, sin embargo, los cuatro Estados parecen haber sido grandes potencias de un orden incremental muy diferente. Como veremos con detalle a lo largo de este estudio, los dominios metropolitanos de cada uno de estos Estados abarcan un territorio mayor y una mayor variedad de recursos que los que logró abarcar su predecesor. Mayor importancia reviste el hecho de que las redes de poder y acumulación que permitieron a estos Estados reorganizar y controlar el sistema mundial en el que operaban, crecieran en escala y amplitud a medida que se progresa en la secuencia mencionada.

Así pues, puede afirmarse que la expansión del poder capitalista durante los últimos quinientos años se ha hallado vinculada no sólo a la competencia interestatal por el capital en busca de inversión, como señalaba Weber, sino también a la formación de estructuras políticas dotadas de recursos organizativos cada vez mayores y más complejos para controlar el entorno social y político de la acumulación de capital a escala mundial. Durante los últimos quinientos años, estas dos condiciones esenciales de la expansión capitalista se han recreado continua y recíprocamente. Siempre que un conjunto determinado de procesos de acumulación de capital a escala mundial, tal y como se habían organizado en un momento dado, alcanzaba sus límites, se sucedían largos períodos de luchas interestatales durante los cuales el Estado que controlaba o llegaba a controlar la mayoría de las abundantes fuentes de capital excedente, tendía también a adquirir los recursos organizativos necesarios para promover, organizar y regular una nueva fase de expansión capitalista de mayor escala y alcance que la precedente.

Como regla, la adquisición de estos recursos organizativos era en mayor medida resultado de ventajas posicionales generadas por la cambiante configuración espacial de la economía-mundo capitalista que producto de innovaciones propiamente dichas. Braudel (1977: 66-67) llega a decir que la innovación no desempeñó función alguna en cualesquiera de los sucesivos cambios espaciales del centro de los procesos sistémicos de acumulación: «Amsterdam copió a Venecia, como después Londres copió a Amsterdam y como New York un día copiaría a Londres». Como veremos, este proceso de imitación fue mucho más complejo que lo que indica esta simple secuencia lineal. Cada uno de estos cambios, como se demostrará posteriormente, ha estado asociado con una verdadera «revolución organizativa» de las estrategias y de las estructuras de la agencia que lideraba la expansión capitalista. No obstante, la afirmación de Braudel de que estos cambios reflejaban «la victoria de una nueva región sobre otra vieja» además de «un enorme cambio de escala» sigue conservando su vigencia.

Los flujos de capital trasvasados desde los centros de acumulación declinantes a los centros emergentes, que Marx observó, constituyeron el instrumento

mediante el cual aquéllos intentaron reclamar parte de los enormes excedentes que obtenían los nuevos centros. Este tipo de flujos ha caracterizado todas las anteriores expansiones financieras. Por el contrario, la actual expansión financiera diverge de esta pauta de comportamiento.

Como documentaremos en el «Epílogo», la actual expansión financiera ha sido testigo del explosivo crecimiento de Japón y otros Estados menores del este de Asia como nuevo centro del proceso de acumulación de capital a escala mundial. Y, sin embargo, durante la década de 1980 no parece que se haya producido un flujo importante de capital desde el centro declinante al centro emergente. Por el contrario, como Joel Kotkin y Yoriko Kishimoto (1988: 123) han señalado, tras citar el texto en el que Marx describe el apoyo «secreto» que los líderes declinantes del proceso de acumulación de capital han concedido a sus sucesores, «en una sorprendente revocación de la opinión de Marx, los Estados Unidos no están siguiendo la pauta de comportamiento de otros imperios exportadores de capital (Venecia, Holanda, Gran Bretaña), sino que están atrayendo en la actualidad una nueva ola de inversión de ultramar». En su opinión, esta revocación se debe primordialmente a la atracción ejercida sobre el capital extranjero por la relativa carencia de control sobre la actividad empresarial extranjera en los Estados Unidos, por la expansión de su población, su extensión física, sus vastos recursos y su «posición como la potencia continentalmente más rica y más desarrollada del mundo». En apoyo parcial de esta caracterización, estos autores alegan la opinión del economista-jefe de un banco japonés «bien conocido por sus opiniones nacionalistas en el ámbito económico», Hiroshi Takeuchi, quien sostiene que los Estados Unidos tienen las dimensiones y los recursos que Japón nunca poseerá. En consecuencia, los excedentes japoneses fluyen a los Estados Unidos al igual que los excedentes británicos lo hicieron a finales del siglo XIX. «El papel desempeñado por Japón será asistir a los Estados Unidos exportando nuestro dinero para reconstruir su economía. Esto evidencia que nuestra economía es fundamentalmente débil. El dinero se dirige a América porque su economía es fundamentalmente fuerte» (citado en Kotkin y Kishimoto, 1988: 122-123).

La opinión de Takeuchi sobre el poder japonés frente al de los Estados Unidos es básicamente idéntica a la expresada por Samuel Huntington en un seminario sobre Japón celebrado en Harvard en 1979. Como señala Bruce Cumings (1987: 64), cuando Ezra Vogel abrió el seminario diciendo: «Me siento realmente preocupado cuando pienso en las consecuencias del ascenso del poder japonés», la réplica de Huntington fue que Japón era de hecho «un país extraordinariamente débil». Sus puntos débiles esenciales eran «la energía, los recursos alimenticios y la seguridad militar».

Esta valoración se basa en la opinión convencional de que el poder interestatal es básicamente una cuestión de tamaño relativo, autosuficiencia y recursos

militares. Tal opinión pasa por alto el hecho de que la «tecnología del poder» del capitalismo, para utilizar una expresión de Michael Mann (1986), ha sido muy diferente a la del territorialismo. Como subraya Weber en los párrafos citados anteriormente y como demostrará nuestra investigación, la competición por el capital en busca de inversión entre estructuras políticas de grandes dimensiones, pero aproximadamente iguales entre sí, ha sido el factor esencial y más persistente del origen y expansión del poder capitalista en la era moderna. A no ser que tengamos en cuenta los efectos de esta competencia sobre el poder de los Estados competidores y sobre el poder de las organizaciones estatales y no estatales que los apoyan económicamente en la lucha, nuestra evaluación de las relaciones de fuerza presentes en el sistema-mundo será fundamentalmente errónea. La capacidad mostrada durante varios siglos por ciertas ciudades-Estado italianas para mantener a raya militarmente y para influir políticamente sobre las grandes potencias territoriales europeas de finales de la Edad Media y principios de la era moderna sería tan incomprensible como el repentino colapso y desintegración, a finales de 1980 y principios de la década de 1990, de la potencia más extensa, autosuficiente y militarmente más poderosa, tras los Estados Unidos, de nuestros días: la URSS.

No resulta accidental que la aparente revocación de la opinión de Marx señalada por Kotkin y Kishimoto se produjera en medio de una aguda intensificación de la carrera de armamentos y de la lucha político-ideológica entre las dos superpotencias: la «segunda guerra fría» de Fred Halliday (1986). Tampoco es casual que la expansión financiera de las décadas de 1970 y 1980 alcanzara su momento de mayor esplendor precisamente en el instante en que se produjo esta repentina intensificación. Para parafrasear a Marx, en ese momento la enajenación del Estado estadounidense procedió a un ritmo más rápido que nunca; y para parafrasear a Weber, fue en ese momento cuando la competencia por el capital en busca de inversión entre las dos mayores estructuras políticas del mundo creó una extraordinaria nueva oportunidad de autoexpansión para el capitalismo.

El flujo de capital desde Japón hacia los Estados Unidos a principios de la década de 1980 debe contemplarse en este contexto. Las consideraciones políticas inspiradas por la dependencia y la subordinación respecto a la potencia mundial estadounidense desempeñaron, sin duda, un papel esencial en la decisión del capital japonés de asistir a los Estados Unidos en un momento de intensificación de la lucha por el poder, como Takeuchi parece indicar. No obstante, como han demostrado los hechos posteriormente, las consideraciones políticas fueron inescindibles de las consideraciones lucrativas.

En este sentido, el flujo de capital desde Japón hacia los Estados Unidos no era tan anómalo como Kotkin y Kishimoto pensaban. Fue análogo, en cierta

medida, a la asistencia financiera que el poder capitalista emergente (los Estados Unidos) prestó al poder capitalista declinante (el Reino Unido) en las dos guerras mundiales. Las confrontaciones anglo-germanas, a diferencia de la confrontación soviético-americana, fueron «calientes», no «frías». Pero las exigencias financieras de ambas confrontaciones y los beneficios que podían esperarse «respaldando» al ganador de las mismas eran, sin embargo, comparables.

La principal diferencia entre la asistencia estadounidense a Gran Bretaña en las dos guerras mundiales y la asistencia prestada por Japón a los Estados Unidos en la «segunda guerra fría» radica en los resultados. Mientras que los Estados Unidos cosecharon enormes beneficios, Japón no lo hizo. Como veremos en el «Capítulo 4», las dos guerras mundiales y sus posguerras fueron momentos decisivos en la redistribución de activos de Gran Bretaña hacia los Estados Unidos, lo cual aceleró el cambio de liderazgo en los procesos sistémicos de acumulación de capital. Durante y después de la «segunda guerra fría», por el contrario, no se efectuó una redistribución comparable. De hecho, Japón nunca recuperó el dinero invertido.

Las pérdidas mayores las sufrió como consecuencia de la caída del valor del dólar estadounidense después de 1985. Ello significó que el dinero prestado en dólares tremendamente sobrevalorados fue remunerado y reembolsado en dólares devaluados. Las pérdidas causadas al capital japonés por la devaluación fueron tales que las empresas y el gobierno japoneses retiraron su apoyo previamente incondicional al gobierno estadounidense. A mediados de 1987, los inversores privados japoneses cancelaron su exportación de capital hacia los Estados Unidos por primera vez desde principios de la década de 1980. Y tras el *crash* del mercado de valores de octubre de 1987, el ministro de Finanzas japonés no hizo nada para estimular a los intermediarios financieros, para que acudieran a la importante subasta de deuda lanzada por el gobierno estadounidense en noviembre de ese mismo año (Heillner, 1992: 434).

Las dificultades que Japón encontró para ejercer su creciente poder sobre el capital excedente con el fin de sustraer activos al control estadounidense y colocarlos bajo control japonés, no fueron únicamente resultado del poder sin precedentes de las agencias públicas y privadas estadounidenses, que actuaron en concierto para manipular la demanda y la oferta, los tipos de interés y los tipos de cambio de los mercados financieros mundiales. La adquisición de activos materiales en los Estados Unidos presentaba dificultades específicas. En cuanto al capital japonés, la potencia continental más rica y más desarrollada del mundo demostró no hallarse tan desprovista de control sobre las empresas extranjeras como pensaban Kotkin y Kishimoto.

Este «control» ha sido más informal que formal, pero no por ello menos real. Ha habido barreras culturales, epitomizadas espléndidamente en la reacción

histórica desencadenada en los medios de comunicación estadounidenses cuando el capital japonés compró el Rockefeller Center en Nueva York. Las compras japonesas de activos inmobiliarios americanos palidecían en comparación con las efectuadas por el capital europeo, canadiense o australiano, lo cual significaba que esta reacción estaba indicando simultáneamente a los compradores y vendedores de tales activos que el dinero japonés no tenía el mismo «derecho» a adquirir activos estadounidenses que el dinero de extranjeros de origen europeo.

Si los medios de comunicación han sido los principales protagonistas de la erección de barreras culturales frente a la transferencia de activos estadounidenses al capital japonés, el gobierno estadounidense ha desempeñado su función en la erección de barreras políticas. Dio la bienvenida al dinero japonés para financiar su déficit y su deuda pública y para la creación de unidades productivas que generaran empleo en los Estados Unidos y redujeran el déficit de su balanza de pagos. Pero le disuadió enérgicamente de hacerse con el control de empresas rentables y estratégicamente sensibles. Así, en marzo de 1987 las protestas del secretario de Defensa, Caspar Weinberger, y del secretario de Comercio, Malcom Baldrige, convencieron a Fujitsu de que debería mostrarse prudente y renunciar a su intento de controlar la Fairchild Semiconductor Corporation. No obstante, como ha señalado Stephen Krasner (1988: 29): «Fairchild era propiedad de la compañía francesa Schlumberger, de modo que la cuestión no era simplemente la propiedad extranjera de la misma».

Aquello que las barreras culturales y políticas no pudieron detener, lo contuvieron las barreras de acceso inherentes a la estructura del capitalismo corporativo estadounidense. Las complejidades de la vida empresarial estadounidense demostraron ser una barrera más insuperable para la entrada del dinero japonés que la hostilidad cultural y la desconfianza política. Las mayores adquisiciones japonesas efectuadas en los Estados Unidos, las adquisiciones de Columbia Pictures por Sony en 1989 y de MCA por Matsushita en el año siguiente, no consiguieron en absoluto su objetivo. Cuando Sony cerró su acuerdo, los medios de comunicación reaccionaron desmedidamente y la portada de *Newsweek* habló de «invasión» japonesa de Hollywood. Y, sin embargo, como Bill Emmott escribió en la primera página del *New York Times* (26 de noviembre de 1993: A19):

han transcurrido menos de dos años y ha llegado a ser evidente que los sobresaltos y las hipérboles eran erróneos... La «invasión» japonesa de las empresas estadounidenses no se ha producido en absoluto. Incluso las mejores compañías japonesas han cometido errores espectaculares y costosos; no han logrado siquiera el control de las empresas que com-

praron y desde luego, no el de la cultura y el de la tecnología. (véase también Emmott, 1993)

En resumen, la anomalía real de las relaciones americano-japonesas durante la actual expansión financiera no es que el capital japonés fluyese a los Estados Unidos a principios de la década de 1980; por el contrario, la anomalía radica en que el capital japonés se benefició realmente poco de la asistencia económica prestada a los Estados Unidos en la escalada final de la «guerra fría» librada con la ex URSS. ¿Es esta anomalía sintomática de un cambio fundamental en los mecanismos de la competencia interestatal por el capital en busca de inversión que han impulsado y sostenido la expansión del poder capitalista durante los últimos seiscientos años?

Estos mecanismos tienen un límite intrínseco evidente. El poder capitalista en el sistema-mundo no puede expandirse indefinidamente sin erosionar la competencia interestatal por el capital en busca de inversión sobre el que reposa esta expansión. Tarde o temprano, se alcanzará un punto en que las alianzas entre los poderes del Estado y el capital, que se forman en respuesta a esta competencia, lleguen a ser tan formidables que eliminen la competencia misma y, por consiguiente, la posibilidad de que emerja un orden superior para los nuevos poderes capitalistas. Las dificultades a las que se están enfrentando las estructuras emergentes del capitalismo japonés al explotar la competencia interestatal por el capital en busca de inversión, ¿constituyen un síntoma de que ese punto ya ha sido alcanzado o de que está a punto de serlo? O, para decirlo de otro modo, ¿constituyen las estructuras del capitalismo estadounidense el límite último de un proceso que ha durado seiscientos años, mediante el cual el poder capitalista ha alcanzado su escala y alcance actuales, aparentemente omnicomprendivos?

Para buscar respuestas plausibles a estas preguntas, las reflexiones de Weber y de Marx sobre la función desempeñada por las altas finanzas en la era moderna deben complementarse con las de Adam Smith, relativas al proceso de formación del mercado mundial. Al igual que Marx, Smith contempló los «descubrimientos» europeos de América y de la ruta a las Indias orientales por el cabo de Buena Esperanza como un punto de inflexión decisivo en la historia mundial. No fue menos apasionado que Marx al indicar los beneficios que a la postre estos acontecimientos tendrían para la humanidad:

Sus consecuencias ya han sido inmensas; pero en el breve periodo de los dos o tres siglos que han transcurrido desde los descubrimientos, es imposible que puedan percibirse la totalidad de las mismas. Ninguna inteligencia humana puede prever qué beneficios o qué desgracias para la humanidad pueden derivarse de estos hechos. Vinculando, en cierta medida, los puntos

más distantes del mundo, permitiéndoles atender sus necesidades recíprocas, incrementando sus disfrutes respectivos y estimulando sus industrias, la tendencia general de aquéllos parecería ser benéfica. Sin embargo, para los nativos las Indias orientales y occidentales todos los beneficios comerciales que puedan haberse derivado de estos hechos se han hundido y perdido en las terribles desgracias que les han ocasionado. Estas desgracias, no obstante, han sido accidentales y no eran inherentes a la naturaleza de los hechos mismos. En el momento específico en que se efectuaron estos descubrimientos, la *superioridad de la fuerza* en manos de los europeos resultó ser tan enorme que les permitió cometer impunemente todo tipo de injusticias en aquellos remotos países. Quizá posteriormente, los nativos de los mismos puedan hacerse más fuertes o los europeos más débiles, y los habitantes de las distintas áreas del mundo puedan llegar a esa igualdad de coraje y fuerza que, inspirando un mutuo temor, puede intimidar la injusticia de las naciones independientes y producir cierto tipo de respeto por los derechos de las restantes. Pero nada parece que generará con más probabilidad esta igualdad de fuerza que la comunicación mutua del conocimiento y de todo tipo de avances que lleva consigo un comercio extensivo en el que se hallen implicados todos los países de modo natural o por necesidad. (Smith, 1961: II, 141; cursivas añadidas.)

El proceso bosquejado en este párrafo presenta ciertas similitudes sorprendentes con la opinión expresada por Braudel sobre la formación de la economía-mundo capitalista: las fortunas del mundo occidental conquistador y las desgracias del mundo no-occidental conquistado como resultados conjuntos de un único proceso histórico; el dilatado horizonte temporal necesario para describir y evaluar las consecuencias de este único proceso histórico y, de mayor relevancia para nuestros objetivos actuales, la importancia crucial de la «fuerza» para determinar la distribución de los costes y beneficios entre los participantes en la economía de mercado.

Smith, por supuesto, no utilizó el término «capitalismo», término introducido en el vocabulario de las ciencias sociales tan sólo en el siglo XX. Sin embargo, su valoración de la «superioridad de la fuerza» como factor determinante, que posibilitó al mundo occidental conquistador apropiarse de los beneficios e imponer a los pueblos conquistados no occidentales la mayoría de los costes generados por la economía de mercado de mayores dimensiones, surgida como resultado de los denominados descubrimientos, es similar a la opinión sostenida por Braudel sobre la fusión del Estado y el capital como ingrediente vital de la emergencia de un estrato capitalista específico, por encima del estrato de la economía de mercado y opuesto al mismo. Como veremos en el «Capítulo 3»,

de acuerdo con el modelo de Smith, los grandes beneficios pueden mantenerse durante un período dilatado de tiempo tan sólo mediante prácticas restrictivas apoyadas por el Estado, que constriñen y desorganizan el funcionamiento «natural» de la economía de mercado. En este modelo, al igual que en el modelo de Braudel, el estrato superior de los comerciantes y empresarios «que habitualmente emplean los volúmenes mayores de capital y que por su riqueza consiguen para sí la mayor de las consideraciones públicas» (Smith, 1961: I, 278) constituye verdaderamente el «antimercado», similar al *contre-marché* de Braudel.

Las concepciones de la relación entre la economía de mercado y su antítesis capitalista construidas por Braudel y Smith difieren, sin embargo, en un aspecto importante. Para Braudel la relación es fundamentalmente estática. Ni observa ni prevé síntesis alguna derivada de la lucha entre la «tesis» y la «antítesis». Smith, por el contrario, contempla la emergencia de tal síntesis a partir de la eliminación de la desigualdad de fuerzas existente por mor del impacto del proceso mismo de formación del mercado mundial. Como indica la última frase del párrafo citado anteriormente, Smith pensaba que la ampliación y la intensificación de los intercambios en la economía de mercado mundial actuarían como un ecualizador imparable de las relaciones de fuerza entre el mundo occidental y el no-occidental.

Una concepción más dialéctica del proceso histórico no es necesariamente más exacta que una no dialéctica. De hecho, más de 150 años después de la tesis avanzada por Smith sobre el impacto corrosivo de los procesos de formación del mercado mundial sobre la superioridad de la fuerza del mundo occidental, la desigualdad de fuerzas entre el mundo occidental y el no-occidental se ha incrementado, en lugar de decrecer. La formación del mercado mundial y la conquista militar del mundo no-occidental se realizaron simultáneamente. En la década de 1930, tan sólo Japón había escapado totalmente a las desgracias de la conquista occidental, pero sólo convirtiéndose en miembro honorario del mundo occidental conquistador.

Posteriormente, durante y después de la II Guerra Mundial, las tornas cambiaron. A lo largo de Asia y África, se restablecieron viejas soberanías y se crearon innumerables soberanías nuevas. La descolonización masiva fue acompañada por el establecimiento del más amplio y potencialmente destructivo aparato de fuerza occidental que el mundo había visto jamás. La extensa red de bases militares cuasipermanentes construida por los Estados Unidos durante y después de la II Guerra Mundial en diversos puntos del planeta, observa Krasner (1988: 21), «no tenía precedente histórico; ningún Estado había radicado sus propias tropas sobre el territorio soberano de otros Estados con un contingente de efectivos tal y durante un período de paz tan prolongado». Y sin embargo, en los campos de batalla de Indochina, este aparato militar de alcance



mundial demostró ser totalmente inadecuado para someter a su voluntad a una de las naciones más pobres del planeta.

La exitosa resistencia del pueblo vietnamita constituyó el apogeo de un proceso iniciado por la Revolución Rusa de 1917, mediante el cual el mundo occidental y el mundo no-occidental fueron remodelados en tres agrupamientos definidos como Primer Mundo, Segundo Mundo y Tercer Mundo. Mientras el mundo no-occidental histórico se concentró casi totalmente en el Tercer Mundo, el mundo occidental histórico se dividió en tres componentes distintos. Sus elementos integrantes más prósperos (Norteamérica, Europa occidental y Australia), junto con Japón, constituyeron el Primer Mundo. Alguno de sus componentes menos próspero (la URSS y Europa del Este) llegaron a conformar el Segundo Mundo, y otro (América Latina) se unió al mundo no-occidental para constituir el Tercer Mundo. Esta fisión tripartita del mundo occidental histórico tuvo como causa y como efecto parciales que las fortunas del mundo no-occidental parecieran estar en ascenso desde finales de la II Guerra Mundial hasta la guerra de Vietnam.

Paolo Sylos-Labini especulaba (1976: 230-232), escribiendo con ocasión del bicentenario de *La riqueza de las naciones* y poco después de que los Estados Unidos decidieran retirarse de Vietnam, sobre si la visión de Smith estaba a punto de realizarse: si había llegado finalmente el momento en que «los habitantes de los distintas áreas del globo... lleguen a disponer de esa igualdad de coraje y fuerza que, únicamente inspirando un temor recíproco, puede intimidar la injusticia de las naciones independientes y generar cierto tipo de respeto por los derechos de las restantes». La coyuntura económica también parecía indicar que era inminente una cierta igualación de la relación de fuerzas en el sistema mundial globalmente considerado. Los recursos naturales de los países del Tercer Mundo encontraban una gran demanda, al igual que su barata y abundante fuerza de trabajo. Los agentes de los banqueros del Primer Mundo hacían cola en los despachos de los gobiernos del Tercer (y Segundo) Mundo ofreciendo a precio de ganga el sobreabundante capital que no podía encontrar una inversión rentable en sus países de origen. Los términos de los intercambios comerciales se habían vuelto realmente desventajosos para el mundo occidental capitalista y la diferencia de renta existente entre los países del Primer y del Tercer Mundo parecía estar reduciéndose.

En seis años, sin embargo, se había hecho evidente que cualquier esperanza (o temor) de una igualación inminente de las oportunidades de los pueblos de la tierra para beneficiarse del continuo proceso de formación del mercado mundial era, en el mejor de los casos, prematura. La competencia estadounidense por el capital en busca de inversión en los mercados monetarios mundiales para financiar tanto la «segunda guerra fría», como la «compra» de votos en

el mercado electoral doméstico mediante la reducción de la presión fiscal, detuvo repentinamente el suministro de fondos a los países del Tercer y el Segundo Mundo, desencadenando una importante contracción del poder adquisitivo mundial. Los términos de los intercambios comerciales se recondujeron a favor del mundo occidental capitalista tan rápida y abruptamente como se habían definido en su contra durante la década de 1970, y la diferencia de renta entre el mundo occidental capitalista y el resto del mundo se hizo todavía mayor (Arrighi, 1991).

Esta reacción violenta no restauró, sin embargo, el statu quo anterior. Por un lado, la superioridad de la fuerza del mundo occidental capitalista parecía haber alcanzado mayores cotas que nunca. La URSS, desorientada y desorganizada por la creciente turbulencia de la economía-mundo y duramente presionada por la «segunda guerra fría», fue excluida del «negocio de las superpotencias». En lugar de contar con dos superpotencias mutuamente contrapuestas, los países del Tercer Mundo tenían ahora que competir con los fragmentos del imperio soviético en su acceso a los mercados y recursos del mundo occidental capitalista. Y éste, bajo el liderazgo de los Estados Unidos, actuó rápidamente para aprovecharse de la situación y reforzar su «monopolio» global de facto del uso legítimo de la violencia.

Por otro lado, la superioridad en términos de fuerza y la acumulación capitalista de capital parecían divergir geopolíticamente como nunca antes. El declive del poder soviético se vio compensado por la emergencia de lo que Bruce Cumings (1993: 25-26) ha denominado, correctamente, el «archipiélago capitalista» del este y sudeste de Asia. Este archipiélago se halla formado por varias «islas» de capitalismo, que emergen en un «mar» de intercambios horizontales entre los mercados locales y el mercado mundial, mediante la centralización en sus dominios de actividades productoras de grandes beneficios y generadoras de un gran valor añadido. Por debajo de este mar se hallan las gigantescas masas trabajadoras, tremendamente laboriosas y de reducido coste, de todas las regiones del este y sudeste asiáticos, en las cuales las «islas» capitalistas hunden sus raíces, sin proporcionarles, no obstante, los medios necesarios para emerger al o por encima del «nivel del mar».

Japón constituye por ahora la unidad mayor entre estas «islas» capitalistas. Las ciudades-Estado de Singapur y Hong-Kong, el Estado-cuartel de Taiwan y el semi Estado-nación de Corea del Sur son las «islas» menores de este archipiélago capitalista. Ninguno de estos Estados es poderoso de acuerdo con los criterios convencionales. Hong-Kong ni siquiera ha alcanzado, ni probablemente alcanzará, la total soberanía. Los tres Estados más importantes (Japón, Corea del Sur y Taiwan) dependen totalmente de los Estados Unidos no sólo para su protección militar, sino también para gran parte de su abastecimiento energético y

de sus suministros alimenticios y para la salida rentable de sus productos manufacturados. Colectivamente, sin embargo, la competencia del archipiélago capitalista del este y sudeste asiáticos como nuevo «taller del mundo» es el factor específico más importante que está forzando a los centros tradicionales del poder capitalista, Europa occidental y Norteamérica, a reestructurar y reorganizar sus propias industrias, economías y modos de vida.

¿Qué tipo de poder es este que incluso un ojo avezado apenas puede discernir? ¿Es un nuevo tipo de «superioridad en términos de relaciones de fuerza» o, mejor, el principio del fin de la superioridad sobre la que, durante los últimos quinientos años, se han construido las fortunas capitalistas del mundo occidental? ¿Se halla la historia capitalista a punto de concluir mediante la formación de un verdadero imperio-mundo global basado en la persistente superioridad de la fuerza del mundo occidental, como intuía Max Weber, o aquélla va a terminar mediante la formación de una economía de mercado mundial en la que la superioridad de la fuerza del mundo occidental se desvanezca, tal y como parecía sugerir Adam Smith?

Al buscar respuestas plausibles a estas cuestiones procederemos mediante aproximaciones sucesivas. El «Capítulo 1» aborda los procesos de formación y expansión del moderno sistema interestatal como sede primaria de poder mundial. Los inicios primigenios de este proceso pueden remontarse a la formación en la Europa bajomedieval de un subsistema de ciudades-Estados capitalistas en el norte de Italia. Este subsistema constituyó durante mucho tiempo un enclave en el modelo de dominio en proceso de desintegración de la Europa medieval: una forma de administración mediante la guerra, sometida y cohesionada por el poder sistémico dual del papa y del emperador. Prefiguró, sin embargo, e inintencionalmente creó las condiciones para la emergencia dos siglos más tarde del sistema, de mayor envergadura, de Estados-nación que se definió en Westfalia.

La expansión global de este sistema se describirá analizando la serie de transiciones en el curso de las cuales el sistema previamente existente se descompuso, tan sólo para reconstituirse de acuerdo con fundamentos sociales más ambiciosos. Este análisis preliminar finaliza con la crisis del sistema de Westfalia, ampliado y totalmente transformado, a finales del siglo XX. Al efectuar el diagnóstico de los síntomas de la crisis actual, se formulará una nueva agenda de investigación que se centrará más sobre el «espacio de los flujos» de las organizaciones económicas que sobre el «espacio de los lugares» de los gobiernos. A partir de estos elementos comenzará nuestra construcción y comparación de los ciclos sistémicos de acumulación.

El análisis comparativo de los ciclos sistémicos de acumulación se construirá siguiendo el procedimiento que Philip McMichael (1990) ha denominado

«comparación mediante incorporación». Los ciclos no se presumen, sino que se construyen, tanto objetiva como teóricamente, con el objetivo explícito de lograr comprender la lógica y el resultado probable de la actual expansión financiera. La comparación se *incorpora* a la misma definición del problema objeto de investigación: constituye la substancia y no meramente el marco del análisis. Los ciclos que emergen de este análisis no son ni partes subordinadas de un todo preconcebido, ni casos independientes de una condición; constituyen casos interconectados de un *único* proceso histórico de expansión capitalista que ellos mismos constituyen y modifican.

El «Capítulo 2» construye los dos primeros casos de este proceso histórico único de la expansión capitalista: el ciclo genovés y el ciclo holandés. El «Capítulo 3» da un nuevo paso en la definición del tercer ciclo (británico) y lo compara con los dos anteriores. La última sección de este capítulo ofrece y busca una explicación plausible de la pauta de recurrencia y evolución puesta en evidencia por el análisis comparativo de los tres primeros ciclos. El escenario se halla listo para la construcción en el «Capítulo 4» del cuarto ciclo de acumulación (estadounidense), concebido como resultado de los ciclos precedentes y como la matriz de nuestros tiempos. En el «Epílogo» volveremos a las cuestiones que hemos planteado en esta «Introducción».

Esta reconstrucción de la historia capitalista encierra sus propias limitaciones. La noción de ciclo sistémico de acumulación proviene directamente, como hemos observado, del concepto de capitalismo elaborado por Braudel como estrato superior de la jerarquía de la actividad comercial. **Nuestro constructo analítico, por consiguiente, se concentra en ese estrato superior y ofrece una visión limitada de lo que sucede en el estrato intermedio de la economía de mercado y en el estrato inferior de la vida material.** Ello constituye simultáneamente la fuerza esencial y la principal debilidad de este constructo. Constituye su fuerza esencial porque el estrato superior es «el hogar real del capitalismo» y, al mismo tiempo, es el menos transparente y se halla menos explorado que el estrato intermedio de la economía de mercado. La transparencia de las actividades que constituyen este último estrato y la riqueza de datos (particularmente datos cuantitativos) que generan estas actividades, lo han convertido en la «arena privilegiada» de la ciencia social histórica y de la economía. **Los estratos que se hallan por encima y por debajo del estrato de la economía de mercado constituyen, por el contrario, «zonas de sombra» (*zones d'opacité*).** El estrato inferior de la vida material es «difícil de contemplar por la carencia de documentos históricos adecuados». El estrato superior, por el contrario, es difícil de observar dada la invisibilidad real o la complejidad de las actividades que lo constituyen (Braudel, 1981: 23-24; Wallerstein, 1991: 208-209):

En este exaltado nivel, un puñado de ricos comerciantes en la Amsterdam del siglo XVII o en la Génova del siglo XVI podía, desde sus sedes, provocar una situación de marasmo en sectores enteros de la economía europea o, incluso, mundial. Ciertos grupos de actores privilegiados se hallan comprometidos en circuitos y cálculos que la gente ordinaria desconoce. Las operaciones en moneda extranjera, por ejemplo, vinculadas a los movimientos comerciales de larga distancia y a los complicados acuerdos que posibilitaban el crédito, constituían un arte sofisticado accesible tan sólo, a lo sumo, a unos pocos iniciados. A mi juicio, esta segunda zona de opacidad, suspendida sobre el mundo solar de la economía de mercado y constituyendo, por así decir, su límite superior, representa el dominio propicio del capitalismo... Sin esta zona, el capitalismo es impensable: es aquí donde se asienta y prospera. (Braudel, 1981: 24.)

Los ciclos sistémicos de acumulación deben arrojar cierta luz sobre esta zona de sombra sin la cual el «capitalismo es impensable». No pretenden indicarnos lo que sucede en los estratos inferiores, excepto si es directamente relevante para la dinámica de los propios ciclos sistémicos. Ello nos impide considerar una gran cantidad de cuestiones, incluidos aspectos privilegiados por los estudios de los sistemas-mundo: las relaciones centro-periferia y las relaciones capital-trabajo. Pero no se puede hacer todo al mismo tiempo.

Marx (1959: 176) nos invitaba a «dejar por un momento de lado [la] ruidosa esfera [de la circulación], en donde las cosas suceden en la superficie y a la vista de todos y seguir [al poseedor del dinero y al poseedor de la fuerza de trabajo] al lugar oculto de la producción, en cuyo umbral nos salta a la cara la advertencia: «Prohibido el paso, excepto para negocios». Aquí, prometía Marx, «desvelaremos al fin el secreto de la generación del beneficio». Braudel también nos invitaba a prescindir por un momento de la ruidosa y transparente esfera de la economía de mercado y a seguir al poseedor del dinero a otro lugar oculto, en el que la entrada se permite tan sólo para hacer negocios, pero que se halla en un estrato por encima, en vez de uno por debajo del mercado. Aquí, el poseedor del dinero se encuentra con el poseedor, no de la fuerza de trabajo, sino del poder político. Y aquí, prometía Braudel, desvelaremos el secreto de la generación de esos beneficios enormes y regulares que han permitido al capitalismo prosperar y expandirse «sin fin» a lo largo de los últimos cinco o seis siglos, antes y después de sus aventuras en las sedes ocultas de la producción.

Se trata de proyectos complementarios, no alternativos. No podemos ir al estrato superior y al inferior al mismo tiempo. Generaciones de historiadores y de científicos sociales han seguido la invitación de Marx y han explorado exhaustivamente el estrato inferior. Al hacerlo, pueden no haber descubierto «el

secreto de la generación del beneficio en la fase industrial del capitalismo, pero ciertamente han descubierto muchos de sus secretos. Posteriormente, los teóricos de las teorías de la dependencia y del sistema-mundo y los investigadores encuadrados en las mismas, nos han invitado a observar con otros ojos el estrato intermedio de la economía de mercado para comprobar como sus «leyes» tienden a polarizar los lugares ocultos de la producción en áreas centrales y periféricas. Ello ha supuesto revelar más secretos del proceso de generación de beneficios. Pero pocos han sido los que se han aventurado en el estrato superior del «antimercado» en el que, en palabras de la hipérbole acuñada por Braudel, «merodean los grandes depredadores e impera la ley de la selva» y en donde se dice que se ocultan los secretos de la *longue durée* del capitalismo histórico.

Hoy, cuando el capitalismo histórico parece estar prosperando, no hundiendo sus raíces más profundamente en los estratos inferiores de la vida material y de la economía de mercado, sino retirándose de los mismos, es un momento tan propicio como cualquier otro para aceptar la invitación de Braudel y explorar el hogar real del capitalismo localizado en el estrato superior del edificio del comercio. Esto y tan sólo esto es lo que pretendemos realizar.

Se desprende de ello que nuestra construcción es tanto parcial como indeterminada en cierto sentido. Parcial porque intenta comprender la lógica de la actual expansión financiera haciendo abstracción de los movimientos que continúan produciéndose en virtud de su propia dinámica y de sus leyes específicas en los estratos de las economías de mercado y de las civilizaciones materiales del mundo. Es en cierto sentido indeterminada por la misma razón. La lógica del estrato superior es tan sólo relativamente autónoma respecto a las lógicas de los estratos inferiores, y puede comprenderse únicamente tan sólo en relación con estas otras lógicas.

Ciertamente, a medida que avance nuestra construcción, lo que en un primer momento parecía ser una mera contingencia histórica comenzará a perfilarse como portador de una lógica estructural. La tensión entre ambos tipos de apariencia no puede resolverse totalmente, sin embargo, dados los límites de nuestra agenda de investigación. Una resolución global de esta tensión, si es posible, requiere que descendamos de nuevo a explorar los estratos inferiores de la economía de mercado y de la vida material, con los conocimientos y las cuestiones recogidos en nuestro viaje por el estrato superior que este libro pretende realizar.